

EL AMIGO DEL OBRERO

— Organo de los Círculos Católicos de Obreros —

Homenaje a Cristo Redentor y a su Augusto Vicario en las postrimerías del Siglo XIX

PRECIOS DE SUSCRICION

En la Capital (por mes) \$ 0.20
En campaña (semestres adelantados) 1.20

Las personas que tomen 10 suscripciones, recibirán 2 números de regalo, y así sucesivamente en la misma proporción.

REDACTORES

TOMAS G. CAMACHO Y LUIS PEDRO LENGUAS

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION

CALLE URUGUAY NUM. 180

PUNTOS DE SUSCRICION

Círculo Católico de Obreros, calle Minas 240; Despacho Parroquial de la Aguada y Confitería de la Catedral, Ituzalungo 173.

Rogamos a nuestros suscritores se sirvan dirigir las quejas a dichos puntos.

No se pague ningún recibo que no lleve el sello de la Administración.

Número extraordinario dedicado al primer Congreso de los Círculos C. de Obreros de la República, celebrado el 26 y 27 del corriente en Homenaje a Cristo Redentor y a su Augusto Vicario

ADMINISTRACION

Calle Uruguay 180 — Montevideo

HORAS DE OFICINA

9 A 11 A. M. 2 A 5 P. M.

El Amigo del Obrero

MONTVIDEO, 31 DE MAYO DE 1900

El primer Congreso

DE LOS

CIRCULOS CATOLICOS DE OBREROS
DE LA REPUBLICA

El éxito ha sobrepasado en mucho a las esperanzas, al realizarse el primer Congreso de los Círculos Católicos de Obreros en Homenaje a Jesucristo Redentor.

Sabemos que Dios dispensa su protección benéfica a las obras santas, y que su divino espíritu flota invisible y hace sentir su influencia bienhechora entre los que tienen la dicha de reunirse al amparo santo del nombre de Jesús; pero como había grandes dificultades que vencer, nuestro corazón se agitó entre las olas de la duda y nuestra mente no se atrevió a acariciar del Congreso, los espléndidos resultados que, gracias a Dios, hemos conseguido.

Los proyectos de interés vital para el Catolicismo en nuestra República, que debían discutirse en el Congreso, contribuyeron sin duda al éxito; pues no solamente la Capital, sino también los Círculos adherentes de la campaña, concurrieron, con grande sacrificio, y dando de mano a sus intereses particulares, y trasladándose de largas distancias, a tomar parte en el debate general, donde debían tocarse puntos de trascendental importancia para todos.

A las 4 y 30 del día 26 de Mayo reunidos los señores Congressales en el local del Círculo Central, ocupó la presidencia el señor don José S. Gonzalez, presidente del Círculo de Montevideo y declaró abierta la primera sesión del Congreso después de haber implorado el auxilio del Cielo con las plegarias de costumbre.

El señor Gonzalez en un breve discurso dió la bienvenida con los más cariñosos conceptos a los señores del Congreso y acto continuo otorgóse la palabra al Pbro. don Angel D. Navea, Cura Vicario, y delegado por el Círculo de Trinidad, quien, con el galano estilo que le caracteriza, dio las gracias en su nombre y en el de todos los Círculos de campaña, que en aquellos momentos representaba por haber sido invitados a un acto verdaderamente solemne y una importancia singular. Habló en nombre de esa campaña tan pronta en los momentos del sacrificio, tan dispuesta, para la lucha por los grandes ideales, y tan olvidada después en los momentos del triunfo, a la hora de repartir los laureles. Gran verdad al par que dolorosa, que valió calurosos y espontáneos aplausos al joven orador.

Terminado que hubo el Pbro. Navea, el señor Gonzalez, manifestó al Congreso, que debía proceder a la elección de la Comisión que había de presidir los trabajos a realizarse, y resultaron electos por aclamación los siguientes miembros:

Presidente, don José S. Gonzalez. (Central).
1er. Vice, Mons. Nicolás Luques. (Central).
2o. Vice, doctor don Luis Piñeyro del Campo. (Durazno).

3er. Vice, Pbro. Crisanto M. Lopez. (Salto).
Secretario, don Natalio Quagliotti. (Central).
Secretario, don Juan Podestá. (Gualalope).

Los miembros electos, ocuparon los puestos que les correspondían, y se procedió al debate de los proyectos de resolución sobre la Prensa Católica, sobre los Círculos de Obreros, y sobre el Descanso Dominical y Precepto Pascual, que fueron aprobados en general con pequeñas modificaciones particulares.

A las 6 y media, se levantó la sesión, invitando el señor Presidente a los miembros del Congreso, para las 8 de la noche a fin de discutir el proyecto sobre la creación de un Consejo Superior de los Círculos.

Abierta la segunda sesión del Congreso a las 8 y media de la noche y aprobado en general el proyecto, se discutió sobre los puntos que tienen atinencia con los deberes y derechos del Consejo Supremo, llegándose a conclusiones que propendrán de una manera admirable al bienestar y progresiva evolución y aumento de los Círculos Católicos.

Terminado el debate, el señor Presidente, invitó para la Comunidad de los Congressales, que tuvo lugar en la Iglesia del Cordón a las 8 del día 27, y para la sesión solemne del Congreso que debía verificarse a las 3 p. m. del mismo día, y para la cual estaban también invitados todos los socios del Círculo Central y de los adherentes.

A las 3 de la tarde la concurrencia llenaba completamente el gran salón social y los pequeños salones adyacentes.

La expansión más comunicativa, junto con el orden más admirable reinaba entre aquellos hijos del trabajo, vinculados y como fundidos en uno, al suave calor de la caridad de Cristo que informaba todos aquellos corazones.

De repente una estruendosa salva de aplausos estremeció los ámbitos del salón, movida como por un resorte se puso de pie la concurrencia, y el Excmo. y Rvmo. señor Arzobispo, doctor Soler apareció entre aquellos Obreros Católicos, que le daban tan expresivas muestras de respeto y de cariño, y aqueños el bendición desde el fondo del corazón.

¡Qué diferencia entre Obreros y Obreros! me dije a mismo: unos tan amantes de la autoridad de sus jefes, y los otros, descarriados, que han perdido hasta las ínfimas nociones de ella.

La orquesta dejó oír sus delicadas compases, mientras el Excmo. señor Arzobispo, ocupaba la presidencia, y los demás Congressales sus respectivos puestos.

Abierta la sesión y leída y aprobada por aclamación el acta de las sesiones particulares, el señor Arzobispo, se puso de pie, y toda la concurrencia con él, aplaudiéndole con entusiasmo, en señal de las vivas ansias que todos teníamos de escuchar de sus labios las salvadoras máximas, que con tanta lucidez concibe su claro entendimiento y con tanta gracia brotan de sus labios pastorales.

Su discurso, que como todos los demás, damos en este número, fué magistral. Si elocuencia de ordinario sencilla, llegó a momentos en que con la exposición de brillantes imágenes, fué arrebatadora, e interrumpida por frenéticos aplausos y *bravos* espontáneos. Describió admirablemente el encuentro de la Iglesia, con el nuevo factor de la historia, la democracia libre, de nuestros tiempos, dispuesta a la guerra contra el capital egoísta, y pintó a la Maestra infalible de la verdad plantando como único recurso para destruir la lucha, la cruz salvadora de Cristo entre los campos rivales. Tuvo oportunas frases para el Augusto Vicario de Cristo y después de ilustrarnos con su palabra evangélica nos bendijo, bendición que el Congreso recibió de pie, en medio de los aplausos mas entusiastas.

Después ocupó la tribuna uno de nuestros Directores y Conciliario del Círculo Central Pbro. don Tomás G. Camacho. No es la pasión hacia nuestro querido Director lo que nos mueve, al decir que su discurso fué brillantísimo, lleno de esa unión mística que le caracteriza y que ya conocemos. Comenzó con las frases que concluyó, el Excmo. señor Arzobispo, sobre el imperio eterno de Jesucristo, y que es el lema y al mismo tiempo el programa del Comité Nacional de Homenaje a Cristo Redentor. Habló encarecidamente del obrero, que Cristo dignificó, arrancándolo de la esclavitud para sentarlo por medio de la unión hipostática, a la diestra misma del Eterno; habló de los Círculos; hizo votos, para verlos extendidos por todos los ámbitos de la República, como prenda de regeneración social. Fué interrumpido por los aplausos de los Obreros que le profesan un cariño a que es, sin duda, muy acreedor, por su celo evangélico y por su caridad y amor a la clase obrera.

Ocupó después la tribuna, el infatigable católico doctor Luis Pedro Lengua, que con el Pbro. Camacho, tan dignamente divide la dirección de este periódico de los Obreros. Habló con la entereza con que hablaría un tribuno católico a las multitudes, y con el sublime vigor con que un soldado de Cristo, confesaría su fe delante de los tiranos. Dijo sobre el Consejo Supremo de los Círculos, como base de unión de los Obreros Católicos. Propuso el ideal del catolicismo en Alemania; lo que han hecho los católicos alemanes con la unión, y sus arraigados, me hicieron recordar las palabras del gran tribuno germánico:—Somos la mayoría—dijo el Canciller de Hierro en las Cámaras—somos la locomotora, y arrastraremos a los del Centro—Sois la locomotora; lo contestó el tribuno católico, jefe del Centro—sois la locomotora, pero nosotros tenemos los frenos y segura la mano—El doctor Lengua, fué sin duda ninguna, una de las notas sobresalientes de la sesión solemne del Congreso. Siguió en el uso de la palabra el Rvdo. Provisor y Vicario de la Arquidiócesis Mons. Nicolás Luques, quien dijo largamente sobre el descanso dominical, y en su segunda parte sobre el precepto de la Pascua. Probó con abundancia de razones, la necesidad del descanso de los días festivos, para el progreso aun material de las naciones, hizo notar la enorme ventaja que superan los que mueren en los talleres, víctimas del demasiado rigor en el trabajo, a los que mueren en medio de las guerras mas desoladoras.

Apareció después en la tribuna el joven José P. Turena, orador que comienza su carrera del buen decir con los entusiasmos dignos de los antiguos y aventajados señores de la tribuna. Si el joven católico lee estas líneas, no las tome, no como hijas de la antigua y profunda amistad, ni como estímulos de la lisonja, sino como frases de la más espontánea justicia. Su cariñoso saludo a la buena prensa, a "El Bien" y a nuestro querido periódico, sus palabras alentadoras y llenas de entusiasmo, nos llegaron al corazón y nos conmovieron profundamente. Las verdades que pronunciaron sus labios, creo que habrán quedado brillantes en los ojos de los padres de

familia que atónitos le escuchaban, y creo también que muchos habrán tomado resoluciones saludables por la propagación de la buena prensa.

Finalmente se levantó nuestro gran poeta nacional y eminente orador católico, el doctor don Juan Zorrilla de San Martín.

Todo lo que dijera por él, sería muy pálido, comparado con la realidad de su elocuencia. Hubo momentos, que electrizó a la multitud; jugaba con nuestros sentimientos; hacía dibujar la sonrisa en nuestros labios, y después hacía chispear nuestros ojos, a los sublimes golpes de su oratoria entusiasta que comunicaba con todo el vigor de su alma grande a todas las voluntades, que palpitaban como esclavizadas a la suya; unas veces parecía el niño ingenuo que se deleita con el recuerdo de sus actos, otros el batallador incansable de las lides religiosas: en fin el doctor Zorrilla en la tribuna es como el relámpago que ilumina, como el rayo que hiero, y como el rocío que fecunda.

Concluyó el doctor Zorrilla con visible sentimiento de todos, que estábamos colgados de su facilísima palabra, y la orquesta dejó oír por tercera vez suavisimos acordes, dándose, después de rezadas las plegarias, por terminado el primer Congreso de los Círculos Católicos de Obreros del Uruguay.

Todos salieron gratamente impresionados, siendo de notar el orden perfectísimo y la sublime armonía que reinó, no solo en la sesión solemne, sino también en los debates, donde junto con la libertad mas absoluta de exponer las ideas, que tanto honra al dignísimo presidente don José S. Gonzalez, reinó la más perfecta uniformidad de ideas en las decisiones, demostrando con ello, como lo observó el doctor Lengua, que la Religión, es la única que conserva el orden, y por consiguiente en ella está la verdad; y si hubiera visto allí, tan unidas como se hallaban y hermanadas, todas las clases sociales, no se extrañarían ciertos órganos de publicidad, de que un Doctor y un Sacerdote, sean dignísimos y aptos directores de este periódico que trabaja y trabajará mientras viva, por el bien de la causa obrera.

La Comisión de Homenajes, alma de este Congreso, puede darse por satisfecha en sus afanes, y que Dios colme de abundantísimos frutos, la benéfica labor del primer Congreso, dedicado en homenaje a Cristo Redentor, y recibido, el Padre común de los fieles, todas sus decisiones como el tributo de nuestra filial cariño, y la corroborar con su apostólica bendición.

DELEGADOS

AL CONGRESO

DE LOS CIRCULOS

Hasta ahora se han recibido las siguientes contestaciones sobre nombramiento de delegados al Congreso que se celebrará en los días 26 y 27 del corriente:

Delegados del Círculo Central, señores José S. Gonzalez, Pbro. Tomás G. Camacho, Juan J. Aramendi, Natalio Quagliotti, Manuel Canoe, Cayetano Muttoni. Tomás M. Parodi, Juan R. Mosca, Pablo Aborga, Enrique Aparicio, Andrés Oldone, Domingo Arteaga, Juan Canepa Franco, Marcos Martinez, Galo Aresti, Pbro. Mons. Nicolás Luques, Antonio Varese, Jacinto D. Duran, José M. Muñoz y Juan B. Goyret.

De la Comisión de Homenajes, señores Luis Pedro Lengua, Emiliano Ponce de León, Felix Dumoulin Varonne, Angel Magriena y Miguel G. Fourcade.

El Círculo de Colón, a los señores Pbro. Eduardo Dufrechou, Anselmo Ravazzani y Ciriaco J. Mazzoni.

El Círculo de Trinidad, a los señores Pbro. Angel Navea, Manuel Zimarrilla y doctor Alejandro Galliani.

El Círculo de Pando ha designado a los señores Pbro. Marcos Perez, don José V. Piñón y don Sixto Nicolas.

El Círculo del Cerro, al Pbro. don Augusto Rey, don Luis Guffanti y don José M. Machico.

El Círculo del Salto, al Pbro. don Crisanto M. Lopez y señores don José de Miquelarena y don Nicolás Durán y Vidal.

El Círculo de Minas, al Pbro. don José De Luca y señores don Ignacio Berrara y José R. Amargós.

El Círculo del Durazno, a los Pbro. Juan Hargain, doctor Luis Piñeyro del Campo y José S. Cardoso.

El Círculo de la Unión, a los señores Pbro. José M. Giménez, don Carlos D. Duran y don Martín Aguirre.

El Círculo de Las Piedras, a los señores Pbro. Marchiori, Juan Delazasi y Angel Volpi.

El Círculo de Mercedes, a los señores Felix Arimado, Juan Frerotti y don Leopoldo Gonzalez.

El Círculo de Canelones, a los señores Pbro. don Marcos F. Iriarte, don Juan Podestá y don Saturnino Balparda.

El Círculo de Rocha, a los señores Pbro. don Germin Vidal, don José Arrarte y don Pedro Esquerri (hijo).

El Círculo de Fray Bentos, a los señores doctor don Vicente Ponce de León, don Remigio E. Montalvo y José R. Mazzarino.

Bienvenida a los Congressales

Publicamos a continuación las palabras que pronunció el señor don José S. Gonzalez, Presidente del Círculo Central, al dar la bienvenida a los Congressales:

SALUDO DEL SEÑOR GONZALEZ

Señores Congressales:

Cábeles el honor de daros la bienvenida en nombre del Directorio del Círculo Central y de todos los socios que lo componen.

Nada más satisfactorio para mí que esta misión cuando se trata de una reunión de cristianos, pues le deciros de hermanos, que desde apartadas y distantes zonas, bajan a nuestra hermosa capital, en representación de los Círculos de toda la República para discutir los intereses propios y los que les están encomendados representar.

El objeto de esta reunión, ya lo sabéis; es dar cumplimiento a una de las disposiciones de más trascendencia de nuestros Estatutos consignada en el artículo 2.º inciso 4.º, la realización de su primer Congreso.

Cabe el honor en gran parte, de que este solemne acto se lleve a efecto, a la activa e inteligente participación, que para ello ha tomado, la benemérita Comisión de Homenaje a Jesucristo Redentor, que el Directorio con tanto acierto designó, para que lo ayudase en esta delicada y trascendental tarea. No quiero dejar de consignar en este momento histórico, los nombres de las personas que la componen, ellas son: Nuestro querido, ilustrado y virtuoso Conciliario Pbro. don Tomás G. Camacho, doctor don Luis Pedro Lengua, don Emiliano Ponce de León, don Cayetano Muttoni, don Miguel Fourcade, don Angel Magriena, don Felix Dumoulin Varonne y don Jacinto D. Duran.

El Directorio del Central, quiere dejaros la mayor independencia en las resoluciones a tomarse, y por consiguiente, desea que entre vosotros mismos elijáis, los que han de componer la mesa que debe dirigir las discusiones del Congreso. Ella debe componerse de un Presidente, tres vices y dos secretarios.

Esa elección puede efectuarse, ya por votación nominal, ya por aclamación, como vosotros lo resolváis.

Por el momento solo me toca felicitaros por las demostraciones de aprobación a la idea del Congreso que han manifestado elocuentemente los Círculos que tan dignamente representáis.

En vista de las facultades que como Presidente del Central me están conferidas é invoco a nuestro Patrono San José, y ante todo a Dios Nuestro Señor, rogándole nos ilumine en las resoluciones que vais a discutir y aprobar, a nombre del Directorio que represento, declaro inaugurado el primer Congreso de los Círculos de Obreros Católicos existentes en la República Oriental del Uruguay.

A este saludo contestó el Pbro. Angel D. Navea, delegado del Círculo de Trinidad con un elocuente discurso.

LA SESION SOLEMNE del Congreso

Los discursos

Tenemos la satisfacción de publicar en extenso todos los discursos pronunciados en la sesión solemne del Congreso.

DISCURSO INAUGURAL PRONUNCIADO POR EL EXCMO. Y RVMO. ARZOBISPO MONS. SOLER.

Señores Congressales: En homenaje a Jesucristo Redentor y bajo los auspicios de la Augustísima Trinidad, declaro abierta la presente sesión pública del primer Congreso de los Círculos Católicos de Obreros, cuyos ideales bendigo y aplaudo con toda la efusión de mi alma y de mi autoridad pastoral; y cumpla al mismo tiempo con el deber cristiano de colocar sus trabajos bajo la protección especial del Patriarca San José, Patrono y Protector de los obreros, a fin de que esos trabajos redunden en bien y prosperidad de tan benéfica institución.

Pero quiero declarar también que es más grande de lo que pudiera manifestaros la satisfacción que experimento al tener el honor de presidir esta Asamblea, tan augusta por ser de Obreros dignificados por el divino Obrero de Nazaret; y porque este Congreso representa un gran paso dado en la obra santa de regeneración social por medio de la institución de los Círculos Católicos de Obreros, tan recomendada por el sabio León XIII y que tan felices resultados ha producido en el mundo de los trabajadores.

Las asociaciones obreras, en efecto, están llamadas en la época presente a servir de base firme al orden social cristiano, único compatible con los destinos de la civilización y de la humanidad. Por eso sus miembros, persuadidos de la misión providencial que deben desempeñar en estos tiempos en que los cambios puestos por Jesucristo al orden social, se sienten fuertemente sacudidos, se empeñan en rebatir su acción para oponerse a la propaganda demolidora del socialismo revolucionario y ateo.

Es cierto que nuestros Círculos de Obreros no son más que una preparación para la democracia social cristiana, que es la dueña incontestable del porvenir; sin embargo es también verdad que por medio de ellos se inicia eficazmente la futura organización que tendrá la sociedad humana cuando vuelva de lleno a la vida del cristianismo; lo que sucederá cuando la utopía socialista, sepultada en los horrores del anarquismo, haya pasado, aleccionada cruelmente a los pueblos; y pasará sin duda, más pronto de lo que se cree, como han pasado todos los sistemas y sectas violentas que han pretendido suplantarlo al cristianismo.

Así pues, no os parezca extraño que en este discurso inaugural, cualquiera que él sea me proponga deciros una palabra sobre la cuestión social, según las enseñanzas del gran Pontífice de los Obreros, quien la ha tratado magistralmente en su famosa encíclica *Rerum Novarum*.

Y desde luego, como advierte el Papa, en esta materia los lauros del cristianismo son indiscutibles en los anales de la civilización; de manera que si hoy contemplamos al gran León XIII preocupado de la cuestión obrera y de los intereses sociales, no ha hecho más que seguir la tradición de la Iglesia y de los siglos pasados, aunque adaptándose a las necesidades presentes.

Ya en su tiempo se escandalizaban los Fariseos de ver las preferencias de Jesucristo por las pobres gentes del pueblo, y a pesar de ello, fué entre los humildes hijos del pueblo que escogió los fundadores de su Iglesia, dándole el encargo especial de evangelizar a los pobres; y desde entonces no ha hecho más que afanarse por cumplir esa misión eminentemente popular. Fundada por un artesano, la Iglesia se empeñó constantemente en honrar el trabajo y rehabilitar al trabajador. Con una prudencia tan sabia como eficaz consiguió la manumisión y emancipación del esclavo. Mas tarde salvó de nuevo a los pobres artesanos protegiéndolos contra la lepra de la usura; en la edad media elevó y mejoró la condición de los siervos de la gleba; y gracias a su influencia, el mundo conoció a los hombres libres de las comunas, que aún Roma y Grecia habían ignorado; por manera que es una ingratitude olvidar que es a la Iglesia a quien se debe la dignificación del trabajo y la transformación del antiguo siervo en el obrero libre de los tiempos modernos, base indispensable de la democracia contemporánea.

Y que este movimiento social en pro del mejoramiento de las clases populares sea obra y efecto del cristianismo, como es plagio del Evangelio, en lo que tienen de justo y racional, los sistemas adversos, lo declaraba ya en su tiempo, Mr. de Chateaubriand en las *Mémoires de ultratumba*: "La idea cristiana, decía, es el porvenir del mundo. Es imposible comprender, a quien no es cristiano la sociedad futura según lo su curso... En todas las hipótesis, las mejoras que deseáis no las puede sacar sino del Evangelio."

"En el fondo de las combinaciones de los sectarios modernos, socialistas, comunistas, igualitarios, está siempre el plagio, la parodia del Evangelio; siempre es el principio apostólico lo que se encuentra. Y este principio de tal manera nos ha compensado, que usamos de él como si nos perteneciera: lo presumimos natural, aunque no sea tal; pues nos viene de la antigua fe encarnada desde generaciones. Y ese principio indecible, que se preocupa del perfeccionamiento de sus semejantes, no hubiera jamás pensado en ello, si el derecho de los pueblos no hubiera sido puesto por Jesucristo. Todo acto de filantropía que realice, todo sistema que soñe en interior de la humanidad no es mas que la idea cristiana renovada, cambiada de nombre y con frecuencia desfigurada; pero es siempre el Verbo hecho carne."

Pues bien, para confirmar esta gloriosa tradición de la Iglesia y continuar su benéfica influencia, ha publicado León XIII la monumental Encíclica sobre la condición de los obreros, al decir de un publicista liberal "ha venido en el momento mas oportuno y será el monumento mas glorioso de su pontificado por constituir la gran carta económica del mundo moderno, con un espíritu progresista y democrático."

En efecto por su excelencia y oportunidad ha producido en todas las esferas la más honda sensación, pues contiene la gran palabra sobre la cuestión social que desde hace un siglo divide y apasiona los espíritus, y de cuya solución depende la suerte de la sociedad moderna.

La solución dada por el Pontífice resuelve todas las dificultades sin dañar ningún derecho, y protege con igual eficacia los intereses del capital y del trabajo, mientras indica el único remedio que puede curar la llaga del socialismo; y he aquí porque no ha existido en este siglo un documento emanado de la autoridad pontificia que haya suscitado tan viva y universal adhesión. En prenda de ello y para alejar de mí toda sospecha de crítica parcial, preferiré para inspirarme ante los múltiples juicios públicos, el muy notable de Mr. A. Leroy Beaulieu, quien por pertenecer a la escuela liberal, tiene todos los caracteres de imparcialidad en su juicio crítico sobre la mencionada Encíclica.

Empieza el eminente publicista por declarar que este fin de siglo da un singular mentís al espíritu que ha precedido a sus orígenes. El siglo XIX se preciaba de excluir la religión de

los negocios de este mundo, de relegar el clero al Santuario, de hacer del laicismo, en una palabra, el principio dominante del Estado y de la sociedad. Más allá de aquí que ha sentido la nostalgia de la antigua fe; y el siglo no se muestra sorprendido al contemplar que la Iglesia toma solemnemente su puesto, reivindica la parte de influencia que le es debida en el gobierno y dirección de las cosas humanas.

Asistimos por tanto, a la entrada en escena de uno de los grandes actores de la historia; pero sobre el antiguo teatro, de donde se lo había querido expulsar, el Pontificado se encuentra con un personaje nuevo, muy distinto de aquellos que desde mil años acostumbraba a tratar; pues en lugar de las dinastías consagradas por sus manos, se encuentra en presencia de la democracia; imponente encuentro en verdad; porque de él depende el desenlace del drama de los tiempos modernos y para acentuar más aún la significación de ese gran paso, el Papa va derecho a la democracia, y le habla de lo que le es más querido y más le interesa: la *questión social*, ofreciéndola la solución más eficaz y prudente con la sabiduría y magestad que distingue al Pontífice clarividente; quien, en verdad, se coloca en un terreno en el cual, aún el incrédulo, no podría negarle la competencia; pues se refiere sobre todo a los principios de moral y de derecho; y cuando toca las cuestiones económicas y desciende a los medios prácticos, lo hace con tacto y delicadeza soboranas. Así que, su Encíclica sobre la condición de los obreros, es algo más y más importante que un programa económico: es un beso de Cristo dado a los proletarios, es el abrazo maternal dado al pueblo por la Iglesia.

El Papa ha visto a la sociedad moderna dividida en dos campos enemigos y ha descendido en medio de los combatientes puestos en línea de batalla; y entre ambas líneas ha plantado la cruz, que significa la reconciliación de todos por la caridad y la justicia. El Papa ha comprendido toda la gravedad del problema social, y afirma que a pesar de todos los medios humanos que indica, fuera de Dios y de la religión no podrá encontrarse la solución adecuada y eficaz.

“Por rancio y anticuado que parezca el remedio fundamental, que nos propone, advierte Leroy-Beaulieu, es su embargo el más serio y eficaz que puede ofrecernos. Sólo Dios puede volvernos la paz social; y es absolutamente necesaria la intervención divina, porque todo el arte y toda la ciencia de los hombres fracasará.”

¿Y quién puede negar que el Evangelio es la gran escuela del deber social para todos, no solamente para los pobres, sino también para los ricos? El influjo a la vez en las alturas y en las profundidades de la sociedad. Los ricos, las altas clases sociales, con frecuencia son inconscientemente los grandes factores del socialismo; su vida es una predicación contra la sociedad: el olvido de la ley del trabajo, la frivolidad impertinente de la juventud de salón; el fausto provocador de las fiestas mundanas; el lujo desvergonzado de la corrupción elegante; qué lecciones para el pobre pueblo. Una sociedad semejante para no provocar los rencores y las cóleras de las turbas, tiene necesidad de purificarse y de regenerarse; así como la tiene el proletariado, con frecuencia degradado por el vicio de las tabernas y el espíritu de incredulidad.

Pero ¿cómo podrá esto realizarse sino por medio del Evangelio y del cristianismo, al que debe la civilización todo lo que tiene de justo, de moral y de bueno, mientras su olvido y desprecio nos hace retroceder a la corrupción y desenfreno del antiguo paganismo? He aquí la gran lección de la Encíclica pontificia: la reforma social no puede realizarse sino por la reforma moral; ahora bien, este principio de reforma no existe fuera del cristianismo, porque la ciencia bien puede ilustrar la inteligencia, pero carece de fuerza moral para imponerse a la voluntad.

Por eso Leroy Beaulieu aplaude la admirable sabiduría de los principios generales que han inspirado la Encíclica pontificia y la salud como el punto de partida de una regeneración de la vieja sociedad enferma; y como declara un publicista anti-clerical, *esta Encíclica es el principio del siglo XX: el programa del porvenir.*

Mas aun; Leroy Beaulieu hace esta observación de una sencillez incontestable: si lo parece imposible prácticamente una legislación obrera internacional, creo necesario sin embargo, que en la reglamentación de la cuestión social, los gobiernos deben estar animados de un mismo espíritu y obedecer a una inspiración común. Ahora bien, esta inspiración común nadie puede comunicársela mejor que la Iglesia y el Pontificado.

Las diversas sectas cristianas no tienen un credo ni un criterio común y uniforme; mientras la Iglesia ha sido y es aun, el agente magnus de unificación del mundo moderno: el Pontificado es el único poder verdaderamente cosmopolita; solo la religión puede sin inquietudes y sin amenazas para nadie, a fuer de poder meramente moral, realizar el *internacionalismo pacífico* y eficaz al que tiende la civilización moderna.

Así pues, si el mundo escucha atento las enseñanzas del gran Pontífice, las cuestiones obreras, estudiadas en todas partes en el mismo sentimiento humanitario y cristiano, recibirán la única solución internacional compatible con la variedad de las situaciones y de las circunstancias, con la diversidad de lugares y tiempos y la desigualdad de los hombres y de las razas. Esta es la consigna que ha recibido la Iglesia para salvar la sociedad moderna en este período de transición hacia la democracia social cristiana, que aparece en el horizonte como el porvenir de la humanidad al decir del ilustre cardenal de Pisa, el eminente conferenciista Toniolo, que recibía con frecuencia las inspiraciones del Vaticano.

Por fin, Mr. Leroy Beaulieu propone esta cuestión: “¿La democracia aceptará la mano que le tiende el Pontificado? Nada, digo, podría resistir sobre el globo a esa alianza de las dos grandes potencias del mundo, y sería el más grande acontecimiento de los tiempos modernos esta unión de la joven y turbulenta reina de los tiempos presentes con la antigua Iglesia, heredera a la vez de Roma y de Jerusalén.”

Pero el ilustre publicista ve obstáculos casi insuperables, quizás por su criterio racionalista y liberal, para la conclusión de este pacto, que sin embargo califica de grandioso. “La Iglesia, dice, ofrece dos cosas a la democracia: la creencia en un más allá y una soberanía moral. Pero aunque éstas son las cosas que la democracia moderna tendría más necesidad, sin embargo por las que desgraciadamente esto caído estado siente menos gusto.”

De todo luego la declaración de ser esa alianza la más necesaria para la democracia, equivale a

confesar que sin ella no podrá existir; y que por tanto, tarde o temprano se verificará como consecuencia de la lucha por la existencia.

Además, para sostener su tesis nos muestra casi por todas partes a la democracia social inclinada al materialismo, hostil a las influencias morales y religiosas y limitada a esta tierra de la realización de su ideal. Más, esto, solo demuestra que existirán dificultades para la alianza, pero también demuestra que es un estado destinado a desaparecer por incompatible con la dignidad del espíritu humano, y los mismos destinos de la sociedad; sería uno de esos períodos transitorios que Mr. Guizot llama *días de vergonzosa decadencia*, pero que la ley providencial del progreso ascendente hará desaparecer o eliminará a su tiempo.

Sin embargo, nos parece que Leroy-Beaulieu cae en una confusión lamentable identificando el movimiento democrático social con el socialismo revolucionario y ateo. En verdad, que casi en todas partes los jefes del socialismo contemporáneo poseen incurables desconfianzas y un odio latente respecto de la Iglesia, cuando no una violenta hostilidad; pero el socialismo revolucionario no debe ser confundido con la gran corriente de la democracia social que hoy atraviesa las sociedades y los pueblos.

El socialismo aspira sin duda a tomar en sus manos la dirección del movimiento democrático social; pero no podría establecerse una estrecha y completa solidaridad entre este socialismo y la democracia contemporánea. ¿No podría decir que esas inmensas masas populares de Francia, Alemania, Inglaterra, España, Austria y especialmente las de la América latina y sajona, son enemigas natas de la Iglesia y de la religión? Afirmarlo sería una falsedad y una injusticia ante todo; porque la democracia es una idea y una evolución cristiana. Y en todo caso podríamos preguntar con el mismo Leroy-Beaulieu ¿qué es lo que impide a la democracia moderna convertirse al cristianismo? La Iglesia ha dominado las más fieras resistencias y doblegado el orgullo de los más altivos conquistadores ¿por qué la nueva soberana, la impaciente heredera de las viejas dinastías, no vendrá también a dar su mano a la que bautizó a los bárbaros y ungó a los Césares del santo Imperio?

Y este noble designio que persigue el Papado, es tanto menos una utopía, cuanto que la democracia para vivir y prosperar, para encarnarse en una forma histórica durable, tiene necesidad de la religión y de la Iglesia como la más grande potencia moral que existe en el mundo. Y ha a “puede declararse esta verdad como axioma: o la democracia se hará cristiana o su triunfo efímero se disolverá en la anarquía y en los horrores de la común dinamitera.” Y como añade Mr. Guizot, bastará un poco más de fe en el pueblo para que el socialismo y el comunismo sean considerados como incomprensibles locuras.

He dicho que la Iglesia no tiene que temer por el triunfo definitivo de la democracia social porque es una idea y una evolución cristiana; voy a confirmarlo con la autoridad de Mons. Bougang en su apología del cristianismo, para así terminar con una palabra elocuente: “Cree, dice, que el movimiento que eleva en estos tiempos las clases populares tiene sus raíces en las últimas profundidades de la historia cristiana, que empezó hace diez y ocho siglos y no ha cesado de marchar sin haberse detenido un instante. . . . y que las clases populares en particular ceden a su empujo sin comprenderlo, porque es completamente irresistible. Este movimiento, esta nueva potencia que se levanta es la *democracia*. No digo la demagogia, que pasará; hablo de la democracia, que es la reina del porvenir. Más, por qué se la habría de temer? Ella es el último término de esa ascensión poligra, pero necesaria y admirable, por la cual el cristianismo ha tomado al pueblo caído en tierra, sin derechos, encadenado, esclavo; y del esclavo hizo por de pronto un siervo; después, del siervo un hombre libre, el ciudadano de un municipio, y en fin, del ciudadano libre, un ser cada vez más apto para todas las conquistas del progreso social.”

Las palabras del ilustre Prelado me llevan a esta conclusión final: el porvenir es de la democracia social cristiana, que dotó su proclamación oficial con el día de la Encíclica *Recurramus*, que es a la vez su código moral y su constitución económica.

Con el siglo XX un mundo nuevo y no conocido aparece en el horizonte de la humanidad, y la Iglesia después de superar todas las dificultades, volverá a salvar a la sociedad como lo ha hecho en todas las agonías, que parecían de muerte y que no eran sino épocas de transición; porque Jesucristo, su fundador, vive, reina e impera en todos los siglos: *Christus, heri, hodie, et semper.*

Señores Congresales: que Dios bendiga vuestros trabajos y haga eficaces las resoluciones de este primer Congreso, a fin de que la institución de los Círculos Católicos de Obreros, tan querida y reconstruida por el inmortal León XIII, produzca en el país los felices resultados que ha obtenido en el mundo de los trabajadores para el triunfo de tan santa causa; y que la bendición que en este momento os imparto, os dé aliento para continuar trabajando y luchando por tan elevados y cristianos ideales.

DISCURSO DEL DOCTOR LENGUAS

Excmo. y Rmo. Señor.

Señores:

Permitidme que desde el fondo de mi alma dirija el más ardiente saludo al primer Congreso de los Obreros Católicos del Uruguay, quienes cual renuevos de olivos circundan cariñosos al querido Prelado, que con su presencia en este acto da una vez más prueba de afecto y cariño a esta benéfica institución.

Permitidme que presente mis espontáneas felicitaciones al digno Directorio de este Centro que ha sabido dar forma a tan planilla patriótica y conquistadora el aprecio y la estima de los Círculos Obreros, por su labor incansable y su penetración con los fines nobles a que ellos están llamados. Saludemos también a los representantes de los Círculos de la República que han concurrido presurosos al llamado de sus hermanos, prestando su valiosa cooperación a la empresa importante en que estamos empeñados.

Se vinculan a mis recuerdos en estos momentos de espasmos, nombres queridos, cuya memoria flota en la mente de todos los que sienten afecto por nuestra obra y estoy seguro que los pronunciaré con ternura y os adelantará a mi palabra.

El nombre de Mons. Torrioli, alma de este Círculo, al que consagró toda su actividad, sus ahorros y desvelos, sonriendo placentero ante su prosperidad, repetirán siempre en este recinto. Su alito lleno de ternura nos comunica energías y estoy seguro que hoy celebra complacido, desde el Cielo, los progresos de nuestra causa.

Dediquemos un recuerdo también al que fué primer presidente de este Círculo, al que con mano firme empujó el timón de esta nave que hoy camina segura por las aguas de la fe; al gentil caballero, al malogrado correligionario Francisco Bauzá.

Satisfecho esa deber, señores, paso de lleno a ocuparme de la misión que me ha sido encomendada, de sostener las conclusiones a que ha arribado el I.º Congreso de los Círculos de la República, en lo que se relaciona con la creación de un Consejo Superior que vele por los destinos de esa gran agrupación, que mantenga vivo el fuego de la fe en el corazón del obrero y lo lleve por el camino de la justicia y de los divinos preceptos hacia su único fin, la verdad.

El Consejo Superior debe servir de punto de orientación a todos los Círculos de la República, con los rayos de su experiencia iluminará la senda por donde debemos caminar todos sin excepción, seguros de llegar triunfantes a la meta de nuestros ideales. Nos llevará por el camino de las conveniencias, siendo, en una palabra, el centro de la unidad que tanto deseamos.

El Consejo Superior vivirá la vida del obrero, se empapará de todas sus necesidades para mejorar su suerte, le pintará las delicias de la vida tranquila del hogar, saturará su espíritu con lecturas empapadas en la doctrina del gran obrero de Nazareth, lo presentará al Círculo como su segundo hogar donde pueda pasar horas ajenas en juegos y distracciones ligeras, fomentará el estudio de las verdades de nuestra religión, les estimulará en la práctica de nuestros deberes como católicos, despertará su celo con asambleas, conferencias y congresos, donde se les hará ver los beneficios que la agrupación les reporta tanto en lo material, como en lo espiritual.

La vida de la fábrica y del taller, señores, materializa a fuerza de amasar la materia, pues bien, dirigirá sus esfuerzos a contrarrestar esos efectos, lo hará más llevadera la vida con la idea sublime del Dios hecho hombre y hecho obrero cargado de trabajos y sinsabores, retemplará su espíritu acercándole a Jesús que lo espera con los brazos abiertos para estrecharlo contra su corazón amoroso.

Aun cuando cada Círculo tenga su autonomía propia y desarrolle su actividad en la esfera de sus facultades, el Consejo Superior velará por el bien de todos, teniendo su vista y sus afectos dedicados al bienestar del obrero católico.

Recopilará todo lo bueno que la práctica vaya enseñándole y después de algunos años tendrá más sólida para su acción; entonces podrá marcar rumbos seguros, en lo que se relaciona con las conquistas del futuro, reclamará el descanso de los días santos para el obrero, con el objeto de que dignifique su alma acercándose a Dios y dedique ratos de justa expansión a su hogar a su mujer y a sus hijos; velará porque las relaciones del patron con el obrero se mantengan en una forma cristiana, de cariño de aquel para este y de respeto de este para aquel; para que el patron no vea en el obrero un instrumento inerte, sino que le atribuya su trabajo en una forma equitativa que le permita vivir con holgura y para que el obrero no vea en su patron un tirano; sino un tutor cariñoso, un padre lleno de afectos; que haga comprender al industrial, al patron, que el obrero no es un compuesto sin ideales ni aspiraciones, que tiene un alma que vale tanto como la suya, ávida de estímulos y cariños, que la gloria con que Dios premia a los buenos está reservada tanto para los unos, como para los otros.

La esfera del Consejo Superior es pues, señores, ilimitada; marca rumbos, guía, dirige, estudia las dificultades y las alana, con cariño de padre dirime las contiendas, ofrece a la consideración de los Directores lo que la práctica aconseja como encuadrado en las conveniencias generales; si, su misión es grande, por ello su creación es digna del aplauso de todos los que aspiran a que nuestra institución se insinúe en la masa del pueblo y se haga carne para su bienestar y prosperidad.

Todas las grandes obras hijas de la Iglesia, todas las grandes agrupaciones católicas vinculan sus esfuerzos, concentran su actividad en un punto que es como el motor que da impulso y vida a la gran máquina social, que se agita movida por una sola idea, vinculada por estrecho lazo fraternal, unida como deben estar los miembros de un mismo cuerpo, que anima un solo y mismo espíritu.

Sin salir de las fronteras de nuestra patria ahí tenemos la Unión Católica del Uruguay y la santa obra de las Conferencias de San Vicente de Paul, con los Consejos Superiores que dirigen sus destinos y que más de una vez han dado pruebas de ser de resultados prósperos y de indiscutible importancia.

En que se funda, señores, esa conveniencia de una dirección suprema en todas las obras grandes? Cual es el secreto de sus soberbios resultados?

Su secreto consiste, señores, en la unión, en la vinculación estrecha de sentimientos y de aspiraciones que están empapados todos los que siguen los caminos del Señor, en la santidad del fin y en el desinterés particular que guía a sus miembros.—Y esa unión debe tener por base sólida la humildad, la vida perfecta y el vencimiento del respeto humano.

Si, señores, en la unión.

Do pié y unidos exclamaba Lieber en Magdeburgo. Da pié, dispuestos siempre a la lucha, velando como las vírgenes sabias porque no falte el aceite de nuestras energías, da pié para resistir preparados el empuje violento del enemigo porque va disminuyendo la luz divina de la verdad entre los hijos de los hombres.

Unidos! Es difícil organizar y mantener la unión, pero es necesario. La heterogeneidad de caracteres lo dificulta, pero el fin sublime que peregrinamos lo facilita.

Windthorst y Mallinckrodt esos dos genios del catolicismo alemán así lo comprendieron y debido a ella consiguieron hacer del Centro una fortaleza inexpugnable, teniendo además la gloria de servir de modelo a los católicos del orbe por su soberbia organización.

Si, señores, la unión de los católicos será siempre la desesperación de los adversarios del catolicismo, porque ella es la que nos hace grandes, nos renueva en estas soberbias asambleas en las cuales procuramos instruirnos en nuestra escuela, iniciarnos en la táctica más apropiada, enardecernos con entusiasmos y mas aun, comprobar, fortificar y cimentar la unidad que nos mantendrá siempre grandes.

Los que crean que no somos capaces de mantenernos unidos que asistan a nuestras reuniones y vean reinar en ellas la concordia mas absoluta; podremos discrepar en detalles pero en las cuestiones principales marchamos unidos, trabajando por la mayor gloria de Dios y en

bien de la Patria, persiguiendo sin tregua el bienestar de la Iglesia y la felicidad de nuestro pueblo.

Se busca por todos los medios de oprimirnos mas y mas cada día, al punto que si nos descuidamos, no nos dejará ni respirar; es por ello que es necesario que se robustezca en nosotros la idea de que únicamente la unión estrecha nos dará el triunfo.

Nuestra divisa debe ser: cada uno para todos y todos para cada uno.

La unión de los obreros católicos del Uruguay existe, señores, solo hay que cultivarla, hay que estimularla y así veremos pronto como el pueblo católico se ha de mostrar tan satisfecho como orgulloso y nuestro querido Prelado se ha de sentir complacido al ver que su diócesis no es Sodoma sin justos, sino que hay verdaderos israelitas en medio de Babilonia.

Si, estamos unidos en el amor, en la veneración, en la obediencia prometida al Padre Santo; estamos unidos en la fidelidad y adhesión al Prelado y a la Patria, a la Constitución de la República y a los preceptos de la Iglesia.

Unidos en nombre de Jesús, porque no hay otro nombre debajo del Cielo, en cuya virtud podamos separarnos, como dijo San Pedro, lleno del Espíritu Santo, a los príncipes y ancianos del pueblo.

Por desgracia hay muchos que han roto los vínculos de la unidad y se han segregado del centro de sus recuerdos; como el hijo prodigo abandonaron el hogar paterno, pero con la persuasión y el buen ejemplo conseguiremos hacerles volver como aquel, al seno de sus afectos.

Mas aun, señores, es necesario levantar el corazón hasta Dios, *Sursum corda*, arriba corazones, y vivir preparados y atentos para poder luchar con ventaja.

Vela y orad para no caer en tentación dijo el Señor. No basta solo orar, puesto que orar sin valor es presumir la gracia, hisonjearse de vencer sin combatir y ha de ser muy triste cosa no encontrarse en el número de los bienaventurados que hallaron el Señor despiertos en la segunda y tercera vigilia.

Es necesario además, como os decía antes que seamos en primer lugar humildes, porque a los humildes los salvará Dios como dice el Profeta y porque no hay virtud mas liberalmente recompensada que la humildad.

No hay nada que aproveche mas al hombre que la humildad, puesto que de esa manera nos hacemos mas dóciles a los preceptos del Señor y mas rendidos a sus Mandamientos.

El Salvador nos lo predicó con el ejemplo: *Aprended de mi a ser humildes de corazón*, dijo, y el que se dirija por las palabras de su eterna verdad ha de encontrar la paz interior y tranquilo descanso, fruto de las humillaciones y abatimientos. La orgullosa soberbia precipitó a los ángeles rebeldes, fueron depuestos de sus sillas y elevados a ocupar las que supieron humillarse.

Estamos también, señores, obligados a dar buen ejemplo, no es una virtud de puro consueño, es de precepto. *Luceat vestra lux de ante de los hombres*, dice Cristo, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a nuestro Padre. Debemos ser ejemplares desde que somos cristianos.

Nuestra vida debe ser vida de perfección, porque en el cristianismo no hay dos religiones, ni dos reglas de costumbres. En cualquier estado que se viva es deba el buen ejemplo al público y a nuestros hermanos. Desengañémonos, una vida que no es ejemplo no es cristiana.

Además, señores, para ser buenos cristianos para ser fuertes, para estar unidos hay que vencer otra dificultad, quizás la mas grande de todas, hay vencer al gran monstruo del respeto humano.

El respeto humano es una injusta preferencia de las leyes del mundo sobre las leyes del Evangelio; este nos dice que el mal criado sepultó la parte de su herencia en tierra inútil, y esto mismo ejecuta el que ahoga entre los respetos del mundo los sentimientos de su corazón.

Aquel que concurre al juego ilícito, a la conversación escandalosa, a la casa del desorden, no se avergüenza de que lo vean andar en tales prácticas y gha de tener vergüenza el buen católico de confesar las verdades de su fe; ha de tener vergüenza de frecuentar el templo del Señor, cumplir sus mandamientos, recibirlo en su corazón? Preferirá exclamar por ventura: Vivan los preceptos y máximas del mundo y mueran las leyes y preceptos de nuestro Redentor?

Aquellos se granjearán la estimación del mundo con la ruina de su alma y sepultarán las verdaderas máximas de Jesucristo en los pantanos que el mismo mundo les prepara para su sepultura. Vivirán la vida de la materia llena de sinsabores y amarguras!

Vivamos entre tanto nosotros la vida del espíritu que nos acerca a Jesús.

Hemos visto, pues, que se necesitan muchas condiciones para mantenernos firmes y compactos que ello es difícil, pero con la ayuda de Dios yo espero que sabremos ser dignos del nombre que llevamos y que no olvidaremos jamás que en el día de la justicia, el Dios de los ejércitos ha de repudiar a los soldados cobardes que no supieron librar las batallas del Señor y que con la cobardía de la vergüenza y del humano respeto, se postroaron ante el César y avergonzados y timidos se acordaron solo de Dios en los rincones de los templos o en las soledades del hogar.

DISCURSO DE MON. LUQUESE

Excmo. y Rmo. Señor.

Señores:

Si yo dijese al comenzar este breve discurso, que nos hallamos en frente de un problema por lo extremo terrible y pavoroso, contra el cual se ha estrellado inútilmente el esfuerzo y la audacia de los pláticos y los cálculos de los economistas; y dijera además, que en el fondo de la cuestión, que llamamos cuestión social, palpita con poderosos golpes la justicia, y que por esto, por no atender a estas palpitaciones profundas y pararse solo en la superficie, en la huelga que se produce, en la bomba que estalla, en la casa que arde, en el pueblo que se amotina, en la víctima que muere al golpe del acarreo puñal, han fracasado todos los empeños del humano saber, aun aquellos encarnados en voluntades de rectitud y sinceridad indiscutibles, no dirían otra cosa, ilustres Congresales, hombres de fe adheridos estrechamente al Evangelio que lo que todos vosotros habéis pensado una y mil veces en el silencio de vuestro corazón. Por eso el tema que se me ha dado para desenvolver, y que acepté desde luego con entusiasmo, encierra tan admirablemente, no solo dentro del espíritu y de las tendencias de este Congreso, sino dentro también del estado presente de nuestra sociedad, para resistir con ventaja la corriente de las malas pasiones, sacar

adelante y mantener aquellos sacratísimos intereses, que constituyen su asombrosa vitalidad, su bienestar y su gloria.

¿Es posible que el que tiene y el que no tiene, los pobres y los ricos, el que manda y el que obedece, los superiores y los súbditos, el derecho y el deber perfectamente se concuerden y se armonicen, poniendo a salvo la libertad, dejando intactos la virilidad y el honor? Si.

El Pontífice León XIII en su monumental Encíclica *Recurramus* dice, aplíquese cada uno a la parte que le toca y prontísimamente; no sea que con retraso de la medicina se haga incurable el mal que ya es tan grande. Don leyes y ordenanzas previas las que gobiernan los Estados; tengan presente los ricos y los amos; esfuércense, como es razón, los proletarios cuya es la causa, y puesto que la religión es la única que puede arrancar de raíz el mal, pongan todos la mira principalmente en restaurar las costumbres cristianas, sin las cuales esas mismas armas de la prudencia, que se piensan son muy idóneas, valdrán muy poco para alcanzar el bien deseado.

Pondrése bien las palabras del Papa: “Restaurar las costumbres cristianas, no las costumbres humanitarias, ni las costumbres filantrópicas, ni las costumbres como quiera morales, que son en realidad, costumbres inhumanas, odiosas o inmorales, sino las costumbres cristianas, las que se formaron de las enseñanzas y de los ejemplos de Cristo cuando aun estaba fresca su sangre, y que aprendieron los grandes de la tierra haciéndose humildes y los humildes haciéndose grandes con la verdadera grandeza del alma redimida: costumbres que tienen por base los preceptos del Decálogo y los mandamientos de la Iglesia, y por sublime rasgo las ocho bienaventuranzas, divina apoteosis de la pobreza, de la mansedumbre, de la limpieza de corazón, del sufrimiento y de las lágrimas.”

Las costumbres cristianas suponen ante todo la justicia, dar a cada uno lo suyo: al cuerpo lo que es del cuerpo, y al alma lo que es del alma y al servidor lo que es del servidor, a la familia lo que es de la familia, a la Iglesia lo que es de la Iglesia, a la sociedad lo que es de la sociedad, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.

¿Qué es lo que debemos dar a Dios?

¿Qué es lo que le pertenece?

Es verdad que a Dios pertenecen todos los tiempos y todos los días, porque es su autor y dispone de ellos a su entera voluntad; pero en la sucesión no interrumpida de los tiempos, El ha señalado un día en intervalos iguales que quiere que sea especialmente suyo; un día que el hombre debe santificar con el reposo del alma que es la oración y con el reposo del cuerpo, por medio de la cesación del trabajo. Más claro, señores, a Dios debemos la santificación del domingo; el Señor por ley natural y divina nos preceptúa el descanso dominical.

Así como el Creador fabricó en seis días este inmenso y maravilloso palacio del Universo y en el séptimo día volvió a entrar en la inefable quietud de la vida divina: así también el hombre deberá dedicar seis días a la actividad fecunda del trabajo que le proporciona el sustento, y descansar el séptimo para restaurar las fuerzas del cuerpo y del espíritu.

Así, pues, la semana con sus días de trabajo y de descanso fué instituida por Dios al mismo tiempo que echó los cimientos del universo o é impuesta al hombre como ley de su naturaleza.

Por eso cuando quiso Dios asegurar el cumplimiento de esta disposición con la autoridad de un precepto positivo, no la impuso como un mandamiento nuevo, sino como una ley preexistente y conocida: Acordados de santificar el día del sábado dijo a los judíos por órgano de Moisés; esto es, tened en cuenta que de antiguo existo para el hombre la obligación natural, y primordial de santificar el día del sábado. Y añadió: “Trabajad seis días, en los cuales os entregad a todas vuestras obras; pero el séptimo es el reposo del Señor vuestro Dios.”

Y a fin de que esta ley, como las demás del decálogo, se grabasen profundamente e indeleblemente en el corazón del pueblo, hizo su promulgación en medio de los resplandores del poder y la majestad divina. Y como si no hubiera dicho lo bastante para que el pueblo se penetrara de su importancia, detiene a Moisés cuando iba ya a descender de la inhumana montaña montana del Sinai para insistir de nuevo en el cumplimiento de este precepto.

Habla, le dice a los hijos de Israel y diles: Ten cuidado de guardar mi sábado porque es el signo de la alianza entre tu y yo por todas las generaciones. Guardad mi Sábado porque es santo para ti; el que lo profanare morirá; el que trabajare en él será exterminado del medio de mi pueblo. Es un signo perpetuo entre los hijos de Israel y Yo.

El domingo es pues propiedad del Señor, así como los otros días de la semana son propiedad del hombre por voluntad de Dios. Es el día reservado para las prácticas públicas del culto, en que los hombres dejan sus tareas y se reúnen en los templos para alabar y orar, para oír hablar de Dios, del alma y de sus destinos inmortales.

Es el día de la religión, el día en que ella despliega la pompa sagrada del culto y en que los ricos y menesterosos se igualan al pie de los altares y se confunden en el seno de la religión como los hijos en el regazo de la madre común.

Es también el día del hombre, el más bello día de la vida cristiana, día que siempre se espera con gozo y se ve trascurrir con pena. Es el día en que el cuerpo fatigado recobra sus fuerzas en el descanso y en que el alma, abrumada por los cuidados y pesares de la semana, es retempla en la oración y en los esparcimientos de la amistad para volver al día siguiente, al primer rayo del alba, a reanudar el trabajo interrumpido, con nuevo vigor en el cuerpo y nuevo valor en el alma.

El Domingo es, por último, el día de la familia. Durante toda la semana el obrero permanece alejado de su madre, de su esposa y de sus hijos.

El Domingo es el único día que propiamente pertenece al hogar, el único en que es el día del hombre de trabajo cumplir los deberes y distraer los gozos puros y moralizadores de la familia. Tal es, señores, el Domingo; día santo, día de grandes recuerdos, día de reposo para el cuerpo y de inefables gozos para el alma. Día del Señor, día del cristiano, día de la familia.

La observancia del Domingo no debe ser considerada solamente como un deber religioso, sino también como un deber natural, puesto que la conservación de la vida es una obligación, y es culpable de suicidio el que la destruye prematuramente.

El Domingo es un día de reposo impuesto tanto por la higiene como por la religión. Porque la madre es más dueña del obrero que del soldado en el campo de batalla. A este respecto se han compilado datos curiosos. En el sitio de Amberes murió un soldado por cada

68; en el de Madrid uno por cada 64; en la batalla de Waterloo, una de las más sangrientas que registra la historia, uno por cada 81.

Entre tanto las probabilidades de muerte del obrero en las fábricas de Liverpool, era de uno cada 19, y en Manchester, de uno cada 171.

Lo dicen los tendones que se relajan después de una tensión continua; lo dicen los ojos que se nublan después de mirar mucho; lo dice el cerebro que se vuelve tarde para transmitir las ideas y el pensamiento si se le recarga de trabajo intelectual; lo dicen los mismos talleres, la perfección de cuyo trabajo se reciente notablemente, si está sin ánimo y fatigado el obrero; lo dicen los hospitales en que las afecciones sencillas se tornan crónicas cuando se apoderan de un organismo gastado; lo dicen las estadísticas mortuorias que arrojan resultados aterradores en la clase obrera.

Cen qué sorpresa conocerían estos datos muchas madres desgraciadas que ven marchar sus hijos con tranquila resignación a trabajar en las fábricas sin aire, sin luz y sin descanso, y se anegan en lágrimas cuando los ven partir a una campaña de 60 días sin enemigo al frente.

Razon tenían, pues, los 63 higienistas que, respondiendo al llamado de una sociedad caritativa de Ginebra en 1878 redactaron otras tantas monografías, procedentes de todos los países, y escritas en todos los idiomas, llegando a la siguiente conclusión: del punto de vista higiénico, para no hablar del religioso, el descanso dominical es absolutamente imprescindible. Los que por desprecio de la ley divina, han intentado reformar sus disposiciones, han palpado bien pronto la impotencia absoluta de sus esfuerzos. Los revolucionarios franceses pretendieron sustituir el día séptimo por el décimo; y el terror, dice Chateaubriand, fué impotente para hacer aceptar esta sacrilega innovación; y el aldeano, a quien se le imponía por la fuerza el trabajo del domingo, respondía: "Nuestros buenos, conocen el domingo, porque el cabo del sexto día, sus mugidos parecen reclamar las horas señaladas por el Creador para el reposo general de la naturaleza." Lo que quiere decir que el reposo dominical es una institución en que están de acuerdo la religión y la naturaleza, la experiencia y la historia, el pasado y el presente, el hombre y los animales, el cielo y la tierra.

Es una institución inviolable. Es también una ley de dignidad y de libertad para el hombre.

Es una ley de dignidad; y en efecto, ¿qué es el hombre sometido a un trabajo continuo, sin tregua para el descanso? Es un esclavo atado a perpetua cadena. Por noble que sea el trabajo, cuando la continuidad se impone por la fuerza y como condición de vida o muerte para el obrero, envilece su dignidad, porque eso lo somete a una esclavitud sin término.

El hombre no solamente vive de pan, nos dice la Escritura: tiene otras nobles necesidades del espíritu que debe satisfacer, sino ha de abdicar vergonzosamente su dignidad y alteza de hombre.

Tiene una inteligencia que debe nutrirse de verdad, que debe acrecentarse con el ejercicio, abastecerse con la enseñanza. Pues bien, el domingo ofrece al hombre de trabajo, como un reposo legítimo y regular, el tiempo necesario para recibir o adquirir la instrucción. Por tanto, suprimir el domingo es para una gran parte de los obreros suprimir la instrucción haciéndola imposible.

La ley del domingo es también una ley protectora de las más importantes de las libertades del hombre, de la libertad de conciencia. Los que por medio de un trabajo incesante impiden a los obreros cumplir con sus deberes religiosos, ejercen sobre su conciencia una tiranía insostenible, un despotismo sacrilego, porque atentan contra el primero de los derechos del hombre, que es adorar a Dios y cumplir con su santa ley. Los que por sordida codicia ejercen esta opresión sobre los trabajadores, parecen olvidar que los obreros tienen alma que salvar y destinos inmortales que conseguir durante su peregrinación por la tierra. ¿Podría llamarse libre el industrial que es detenido en el taller o en la fábrica toda la mañana del domingo, el empleado que debe permanecer en las casas de comercio que no se cierran los domingos a pena de perder su destino; el peon, el doméstico a quien se le recarga de atenciones durante las horas de los oficios dominicales? ¿No es verdad que con esta opresión, impuesta bajo la amenaza del hambre, se atenta contra el sagrado derecho de la conciencia?

¿Puede ser libre el hombre que durante los días destinados a los intereses del alma permanece encadenado a los trabajos del cuerpo?

En este siglo en que tanto se habla de la libertad es menester no sacrificar la libertad del descanso concedida por Dios a todos los hombres.

El hombre fué criado para dominar la materia y no para hacerse su esclavo; es preciso no olvidar que el pueblo esclavo de la materia es un pueblo sin dignidad, sin conciencia, sin honor; un pueblo embrutecido y casi salvaje incapaz de nada grande, inhábil para levantarse a las alturas del heroísmo, insensible a los nobles impulsos de los grandes amores, de la familia, de la patria, de la humanidad. Un pueblo esclavo de la materia pierde bien pronto la noción de Dios, de las virtudes, de los bienes morales, y, rebelde a los frenos de la conciencia está dispuesto, lo mismo que para la servidumbre, para la rebelión contra toda autoridad y para arrojarse sobre la riqueza de sus acaudalados, en quienes no se ve otra cosa que opresores codiciosos y especuladores insaciables del sudor de su frente.

Además, en vista del ejemplo que nos dan las naciones más prósperas del mundo como Inglaterra y Estados Unidos que tienen por divisa: "el tiempo es dinero", carece de valor la objeción de la inferioridad de producción a que descenderían los pueblos con la supresión legal del trabajo. Al contrario, ese ejemplo demuestra que, si son más prósperas las naciones en que se observa el domingo, el reposo hebdomadario es más favorable para la producción y la riqueza.

Y aunque fuese verdad que las riquezas se disminuyen con el descanso dominical, ¿por ventura el hombre ha nacido para amontonar riquezas? ¿Es acaso la misión que Dios le ha encomendado al venir a la tierra? No; yo leo en el Evangelio estas palabras: ¿De qué le aprovecha al hombre ganar un mundo, si al fin pierde su alma? Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, nos dice Jesucristo, y las demás cosas os darán por añadidura.

Según esto, es preciso escoger entre una ganancia sordida, comprada a costa de la conciencia, y los tesoros del cielo adquiridos con la observancia de los preceptos divinos, porque dicho está también: Si queréis adquirir la vida eterna, observad mis mandamientos.

Facil es pues decir de lo lo dicho cuán necesario es el que nos empeñemos eficazmente por conservar la rigurosa observancia del domingo. Razones de todo género nos obligan a

ello; y en nombre de Dios pide la cooperación de todos los señores Congresales para que nos ayuden en esta santa empresa.

Enseñemos a los obreros que no deben servir en aquellos talleres en que no se les da tiempo para santificar el domingo y que pecan mortalmente sometiéndose sin causa a tan injustas exigencias. Instádeles a que busquen otros patrones cristianos que sepan respetar sus conciencias, los que, gracias a Dios, no faltan entre nosotros. "Que en todo contrato", agrega León XIII, "que entre sí hagan los patrones y los obreros, haya siempre expresa o tácita la condición de que se provea convenientemente al uno y al otro descanso; pues contrato que no tuviera esta condición sería ilícito, porque a nadie es permitido ni exigir ni prometer que descuidará los deberes que con Dios y consigo mismo le ligaren."

Más, no es esto bastante. A las predicaciones y a las teorías se han de seguir los hechos, sobre todo, cuando se trata de conjurar un mal social de tanta trascendencia. Desearíamos que en todas las parroquias se organizaran asociaciones o ligas protectoras del domingo como se está haciendo en Europa con excelentes resultados. Unas tendrían por objeto obligar a dejar libres los domingos y días festivos a los trabajadores, a los inquilinos e industriales; otras se comprometerían a no comprar jamás artículo alguno en aquellas tiendas que se abren los domingos, prefiriendo en todo caso a las que guardan los días festivos.

Esperamos que esta santa obra de la santificación del domingo despierte en todos grande interés, pues esta institución conserva aun entre nosotros a pesar de los rudos golpes que ha recibido, raíces muy profundas.

Para que desaparezca el peligro social que amenaza a las naciones, no hay más remedio que, el restablecimiento de la ley moral. Esta ley no tiene más base ni otra sanción que el cristianismo, el cual no tiene precepto más augusto, más obligatorio y más fácil que la observancia del domingo.

Porque como dice elocuentemente un estadista:

"Mientras descansa la industria y el arado yace en el surco; mientras el ruido de la bola enmudece y las empuñadas chimeas de las fábricas dejan de arrojar humo, se lleva a cabo otro trabajo, que no menos que el material, contribuye a desenvolver la riqueza de la Nación. Renueva sus fuerzas el hombre, se repara la máquina por excelencia, para emprender al siguiente día el trabajo con más clara inteligencia, con atención más intensa y con vigor más enérgico."

Señores: Si la cuestión social ha de resolverse, y se resolverá de cierto, este milagro ha de ser obra del amor, del amor encendido en las entrañas de Jesucristo, luz y calor, aliento y energía, consuelo y esperanza, vida y elevación, comunicado al mundo por la gracia divina del Evangelio.

Y ahora, señores, pues los momentos se precipitan sin dar lugar a disquisiciones más amplias, ahora señores, señalad camino a las sociedades humanas, sedientas de justicia, de orden y de verdadera libertad, el centro único de este amor que constituye nuestra fuerza, como es hoy y será mañana nuestra corona: es Cristo, es Jesús, divino Salvador en la Eucaristía, que donde le quiera por su amorosa presencia y la participación de sus dulzuras, es fuente de paz y lazo poderosísimo de unión entre todas las voluntades.

Señores, la vida de la sociedad depende de la vida de las almas, y la vida entra de las almas en Dios—amor incorporado a ellas por la Santa Comunión... ¿Será tan necio que pretendo a las burlas de la impiedad? Allí, señores: allí, en aquella mesa sagrada de caridad, donde una comunicación íntima y perfecta, con el cuerpo y la sangre de Jesucristo nos hace participantes de su divinidad y de su gloria, el hombre muere por completo a todo lo terreno; allí al calor de este fuego divino, celestial, se disuelven, se desmenuzan las barreras insuperables del amor propio; allí se toma aliento para marchar sin reserva por las penosas sendas del sacrificio; allí por una inclinación maravillosa las almas se precipitan sobre las almas, y busca el corazón el consuelo y la gloria de todos los corazones, pudiendo, al levantarse de la sagrada mesa, encendido en tan ardiente llama de caridad, devorado de todos los sentimientos diversos, abrazarse fuertemente con sus hermanos y decirles con toda la ternura con que habla el Señor San Agustín: "Oh hermanos míos; estáis unidos estrechamente con nosotros; juntamente comemos; juntamente bebemos, porque juntamente vivimos."

Obreros de las fábricas, amarrados al potro de un trabajo sin tregua, por la férrea cadena de la necesidad; trabajadores de la tierra, que soportáis, inclinados a ella para fecundizarla con el sudor de vuestra frente, todo género de inclemencias; mineros arriesgados, por cuyas manos pasaron, sin dejar huella alguna, los inmensos tesoros del universo; infeliz criatura, que consumes los días, y aun las noches, sentada ante la máquina de coser o delante del bastidor, privada de gozar el aura embalsamada y las caricias halagadoras de las flores; madres sin hogar; niños enfermos y raquíticos, flacos de cuerpo y de alma, por causa de un casi inevitable abandono... creedme, creedme, vuestra salvación está aquí. La curación de todas vuestras dolencias es Cristo Jesús encerrado en la Eucaristía y alimento de nuestras almas, porque El solo es capaz de curar, allí donde se encuentran, en los grandes y en las pequeñas, las llagas, las miserias del espíritu, origen de todos los dolores, de todos los trastornos que padece y ha padecido siempre la humanidad.

Dejadme, pues, señores; dejad que yo me abismo en este océano de dulzuras, lejos, muy lejos, de esa aridez horrible, insostenible, con que el filosofismo me convide. Yo busco, yo apetezco ese divino comunismo, esa sociedad hermosa de las almas unidas fuertemente por el amor; dejadme ¿Quién me dará el que viva con mis hermanos?—Jesús.—¿En dónde podré yo comunicarme con mis hermanos? En Jesús. ¿Por dónde llegaré a abrazarme con mis hermanos? Por Jesús. Gracias, Dios mío; Tú has abierto el ánimo al más vivo deseo de mi corazón. ¿Qué importan las distancias? ¿Qué son esas barreras que la naturaleza ha levantado, climas diversos, lenguas diferentes, civilizaciones opuestas... A través de ellas, yo veo, yo distingo inmensas muchedumbres que se postran rendidas ante un altar, y adoran a Jesús, el mismo, el mismo que yo adoro y que llevo en mi corazón indeleblemente grabado. Salud, hermanos míos, salud. Hijos de la gracia y alimentados como yo con el cuerpo adorable de Jesucristo; en vano habéis nacido en regiones que descomponen; yo desluzo aquí percibo claramente los latidos de vuestro pecho, y el sol que me ilumina con laumbre de la verdad derrama al propio tiempo sobre vosotros la hermosa divina

de sus purísimos resplandores: salud. Pero... basta, señores, porque ni el tiempo lo consiente, ni he subido a este lugar para más hondos estudios. ¿Queréis que el problema social sea definitivamente resuelto? ¿Queréis curar de veras a la sociedad de la enfermedad de que padece? El medio es tan sencillo como eficaz: es natural; cumplir con el precepto pascual, recibir la comunión anual, traer a Jesucristo Sacramento a las clases populares, para impedirles que se entreguen, excitadas por la cólera y por la envidia, a los excesos de una barbarie desenfrenada. El equilibrio no puede subsistir donde reinan las luchas del egoísmo; sociedad no puede tener vida donde fuerzas con fuerzas se combaten y neutralizan; es preciso la unión por la caridad, y la libertad por el sacrificio; haced por que las clases se reconcilien y se abrazen, y la cuestión social, tan grave, tan difícil para los sibilos, quedará desde luego y por sí misma resuelta. Pero, notad bien, señores; este divino abrazo, esta sagrada y necesaria reconciliación, tan sólo podrá obrarse delante del altar y en el corazón de Jesucristo cuando recibamos la savia comunión en el cumplimiento pascual.

Es incontestable pues, que el Congreso de Obreros cumple con un deber sagrado al formular sus acuerdos y dictar sus resoluciones, abrazando francamente estas dos cuestiones de la santificación del día del Señor y del cumplimiento del precepto pascual arbitrando las medidas necesarias para garantizar en la práctica los beneficios y la efectividad de esa suprema y utilísima aspiración exhortando al pueblo que ponga en juego todos los medios que estén a su alcance para conseguirlo.

Como cristianos habremos contribuido poderosamente a que se cumplan los preceptos más saludables del decálogo y del Evangelio alejando así de nuestro pueblo los castigos que Dios fulmina a las naciones que resisten a su voluntad.

Como sociólogos habremos iniciado una campaña enérgica, salvadora para levantar el nivel moral, intelectual y material del pueblo, sustrayéndolo a los horrores del trabajo continuo y al egoísmo devorador cuyas consecuencias tangibles son el embrutecimiento, la decrepitud prematura de las masas y su profunda degradación.

DISCURSO DEL SEÑOR JOSÉ PEDRO TURENA

Señor Presidente: Señores Congresales: Queridos correligionarios:

Ante todo, señores, permitidme que a los miembros de la Comisión de Homenaje, Presbítero Camacho y doctor Lengua, dé las repetidas gracias por el señalado honor, bien por cierto inmerecido para mí al haberme invitado a tomar parte en este Congreso. Nada tan halagador para mí, como esta invitación.

Vuestra sola benevolencia me obliga a tomar aquí la palabra. Confieso con toda la sinceridad de mi alma que la levanto con ciertas vacilaciones; al considerarme sin méritos y sin condiciones suficientes que sirvan para suplir en algo, la ausencia de esta tribuna del eminente ciudadano católico y brillante periodista de nuestra causa, doctor Hipólito Gallina, el cual era el destinado a dirigirme su palabra profunda y elocuente; comunicando sus entusiasmos tribunicios, —entusiasmo inspirado en la augusta causa católica que es el fundamento del bienestar universal. Compromisos ineludibles requirieron su presencia en otros lugares, viéndose privado a cumplir por causas extrañas a su voluntad, con el compromiso contraído con los beneméritos miembros de la Comisión de Homenaje.

Dos gigantes y batalladores que tienen alientos de gigantes, y celo propio de apóstoles, dos amigos a quienes admiro con toda la vehemencia de mi alma, por sus entusiasmos y por su fe, dos atletas del Catolicismo uruguayo, que tienen hechos de caudillos y sobrios méritos a la consideración de nuestros correligionarios, dos amigos a quienes como Católico rindo tributo y culto por lo mucho que por la religión trabajan, me pidieron con insistencias 48 horas há, que tomara parte en este hermoso Congreso, donde parece que todos nuestros sentimientos se compenetraran, funden y completan para sustituir al orador designado al efecto. Atención a mi poca preparación, a mi casi ninguna ilustración y ante la exiguidad del tiempo mismo para preparar algunas líneas, díjeme que me era materialmente imposible, que no podría, que esa empresa me abrumaba y que mis fuerzas eran diminutas y débiles, para llevar tan pesada carga. Al ver el entusiasmo con que me hablaban, al observar el empeño con que me lo pedían el Pbro. Camacho y el doctor Lengua no pude esquivarme y cedí. El ejemplo me persuadió, me dió fuerza y me arrastró consigo. Al tener presente que este Congreso al cual con satisfacción todos asistimos, es obra casi genuina de los desvelos y trabajos de esos correligionarios no pude negarme a hacer uso de mi palabra pobre y rula, sin ilustración y sin ciencia, pero en cambio llena de fe, repleta de esperanza, desbordante en entusiasmo, como que ella es, la expresión e interpretación real y verdadera de los sentimientos que palpitan y palpitarán siempre en mi ardiente corazón, y de las ideas que bullen y bullirán en mi cerebro con la persistencia del deber, y aquí estoy, señores, lleno de bríos, aquí vengo a hablarlos, a pedirlos deis acórida favorable y entusiasta al proyecto de resolución sobre propagación y difusión de la prensa católica que ya todos conocéis.

Pero antes de abordar tema tan importante y trascendente, permitid señores que el último de los soldados que militan en la aguerida legión que con honor y con honor marcha a la vanguardia de nuestro ejército espiritual, que el último de los afiliados del Circolo Católico de Obreros, haciendo una digresión como se dirija solo dos palabras fuera del tema propuesto. Yo al contemplar vuestra obra imponente, estimados señores Congresales, al observar la armonía que os une, me acordé al fuerte lazo de la fe Católica, siento que el corazón se exalta y se entusiasma ante lo incommensurable de la significación moral que vuestra obra encierra, porque daís a conocer el acendrado empeño de retemplar vuestros espíritus en la labor común, porque bien se ve al contemplar vuestra obra que sois hombres de fe y comprendéis claramente la grandeza de la causa católica, —porque el éxito que acompaña y corona este Congreso, es hijo del entusiasmo con que habéis trabajado, entusiasmo purísimo cristiano para verla democrática católica, que conduce a poner en contacto vuestros anhelos y sentimientos para seros útiles recíprocamente, para que sostengamos todos, pobres y ricos, sabios y no sabios, los fuegos divinos de nuestra santa causa con todo el valor propio de soldados de Cristo ante los alarides de impiedad y de irreligión de

esas huestes sectarias que teniendo cancerosa la médula y envenenado el corazón pretenden precipitar la sociedad en el abismo místico del más cruel escepticismo.

El que os habla señores, congresales, interpretando los sentimientos de los católicos uruguayos y en el mío propio, os tributa el más sincero aplauso por el éxito feliz y completo que ha tenido este Congreso.

Me toca hablaros sobre la cuestión más trascendente a mi juicio, de todas las que trata este Congreso, sobre un tema de palpitante actualidad, sobre la propagación y extensión y excelencia de la prensa católica.

Los porta-estandartes del liberalismo y del positivismo contemporáneo han afirmado y afirman, han sostenido y sostienen sus acusaciones que el catolicismo es enemigo decidido de la prensa. ¡Funebrísimo error! ignorancia supina, disparate crasísimo, o peridia cruel de adversarios desleales y contumeliosos! La religión católica ama y aprueba y protege la prensa, porque vé en ella un medio eficazísimo para propagar sus sacrosantas ideas, y para combatir la impiedad que mata y desmoraliza.

Prueba elocuente de ello es el interés supremo que ha puesto para la propagación de la prensa católica aquel anciano venerable, aquel cerebro portentoso que con las irradiaciones de su intelecto asombró a propios y extraños, aquel anciano noble y santo que firme y de pié cual esforzado titán sobre la roca de San Pedro dirigió al mundo católico, —al sostener León XIII en encíclicas llenas de sabiduría infinita, que la prensa católica es de utilidad soberana, que ella constituye una unidad imprescindible en los tiempos presentes.

Nuestro amado e ilustrado Metropolitano dice en una de sus elocuentes pastorales "La protección a la buena prensa es la primera y la más esencial de todas las buenas obras: sin ella fracasarán todos nuestros esfuerzos; y todos los sacrificios que se hagan en pró de la santa causa; ella es el punto de partida de la lucha por la fe, y el impulso a la misma es lo que nos salvará. Un ilustre católico, no dá a conocer en página magistral, con estilo y elocuencia la importancia de la prensa. ¿Quién es el que desconoce la excelencia de la prensa? ¿quién el que niega su influencia en las luchas filosóficas, literarias y políticas? Creo que nadie.

Escuchad lo que al respecto dice el distinguido católico francés, propagandista ardiente y fervoroso de la causa católica, en la católica y noble, pero infortunada Francia, el ilustre Brun, —dice: tened bien entendido que si la prensa cristiana no es amparada y elevada a la altura que debiera alcanzar, las iglesias llegarán a quedar desiertas, expulsadas las órdenes religiosas, y así sucederá con todas las instituciones y obras de caridad, hasta las mismas escuelas católicas nos serán arrebatadas, que no en balde nuestro sabio Pontífice nos ha repetido que la prensa católica es de suprema necesidad en los actuales tiempos. En todos los pueblos, los buenos periodistas, forman legión sagrada, porque son ellos los que poseen el don de apartar los espíritus de los intereses positivistas de la vida, y levantarlos a las aspiraciones generosas del deber, de la virtud, de la justicia y del derecho.

La prensa católica debe ser favorecida, auxiliada y protegida por todos nuestros correligionarios, y ojalá Dios nos oiga, podamos dentro de poco tiempo, publicar periódicos católicos en todos los lugares donde el liberalismo hace sentir su pernicioso y maldita influencia. El liberalismo, el materialismo, con su primo hermano el positivismo, son plantas exóticas que no echarán hondas raíces en el suelo de nuestra amada patria, bien lo sabemos; pero esos amagos de desecolización que se operan en algunos puntos de nuestra patria, merecen a la prensa liberal y atea, es debida a nuestra apatía e indiferencia. Por eso, por cada victoria que obtengan nuestros enemigos, doble baldón, doble vergüenza debe abatir y oscurecer nuestra frente. Permaneciendo inactivos e indiferentes ante la propagación del adversario, no favoreciendo y extendiendo nuestra prensa morimosa de inacción, y nos asemejaremos nosotros, los católicos uruguayos, ante el mundo católico, a aquellos babilonios que dormidos y envueltos en modorra musulmana, Ciro despertó con el alarido salvaje de sus huestes mercenarias. Esos éxitos del liberalismo actual, es la obra de "vuestros católicos militantes" que mientras trabajáis con encomiable celo por la educación cristiana sostenéis también la prensa enemiga!

Que se diga que católicos militantes, hombres que hacen con placer alarde de sus creencias religiosas, contribuyan con sus nombres y con su pecunio a sostener a los inveterados enemigos de todo lo que más quieren y adoran, de su santa religión, y abandonen con punible cobardía al periódico católico, al que firme en la palestra se bate con denuedo y con gloria contra la numerosa falange que forman sus encarnizados enemigos! Que esos señores se digan y se apelliden católicos, pase... lo creo... pero que lo sean en verdad, permitidme que os lo diga francamente. habla mi corazón, esos no son católicos, esos no sienten palpar fuertemente en su pecho la vida de la fe que eleva, ennoblece y dignifica, yo no puedo creer que sean católicos! Proteger a los periódicos que promueven escándalos en la prensa con falsas e injustas declaraciones de la más refinada inmoralidad que dañan y perjudican a nuestro credo, es un criminal, es amparar, es claudicar con la impiedad, y con el vicio, con la calumnia y con lo vill!

Católicos correligionarios, abandonad, arrojad lejos de vosotros esa capa pesada que os agobia y os aplasta, y que se llama apatía, levantad vuestra frente serena y limpia, santificad con el signo del Hijo de Dios, animad vuestro espíritu en la fe universal y divina: ¡bailad cual valientes adalides!

¡Colaborad en las columnas hermosas de la prensa católica, vosotros escritores de cortada pluma y de galana frase, propagad vosotros, oh inmensa muchedumbre que vivís con el pensamiento siempre fijo en Dios y en la justicia, favoreced y propagad la prensa católica, siendo la que llevará a vuestros hogares los inefables bienes de la virtud, de la bondad y de la ilustración.

¡Tú, anciano venerable, que te precias de haber formado un hogar lleno de encantos y virtudes ¿cómo puedes permitir que la pública doncella o el candoroso niño que sólo saben modular trinos y sublimes plegarias, envenenen su espíritu y corrompan su cuerpo con la pernicioso y obscena lectura del periódico pornográfico?...

¡Tú, joven hermano, que profesas cariñosos afectos a tu querido hogar, no se te nubla la vista, ni grita a voz herida tu conciencia cuan-

do a la luz del honrado hogar oyes quizás la lectura lujuriosa de escenas concupiscentes que llevarán la vergüenza y señalarán tal vez con el estigma del opróbrio el hogar que tanto amas.

No puedo señores daros siquiera una pálida semblanza de los efectos que produce en la familia y en la sociedad, la propaganda mordera y satánica de la prensa impia, la propaganda de la prensa descreída y atea que sólo destila pasión y concupisencia.

¡Padres que miráis el porvenir de vuestros familias, hermanos celosos del honor del hogar! ¡tumbad, tumbad cuando veáis manos virginales estrujando con avidéz el periódico ateo, portador del ludibrio y de la vergüenza!

¿Quién niega señores la importancia del periódico en los actuales tiempos? ¿Quién niega su influencia en el hogar doméstico? Nadie! Es verdad tan clara, evidente y conocida que creo innecesario disertar sobre ella.

El periódico y el periodista en la sociedad es todo, me atrevo a decirlo! El periódico es el pan cotidiano de la multitud; ¡con qué ansias, decidme, no esperaréis todos vosotros la hora reglamentaria en que el periódico viene a distraerlos en la labor constante! El periodista bueno, el periodista católico que comprende y cumple con su misión, es el ángel tutelar de la sociedad en que vive. El periodista católico es un luchador.

El fondo de su tintero es una especie de fragua, donde forja los rayos de luz que lanza contra la oscuridad de la maldad, de la injusticia y del vicio. El periodista católico, ese que os habla al alma y os anima con su grandeza, no descende jamás como lo ha dicho un eminente pensador a recoger el aplauso servil; no siente ofuscada la rectitud de sus móviles, ni por la amistad cuando está de por medio de injusticia de la causa, ni por el encono contra el adversario que no debe el cristiano experimentar. El periodista católico debe alzar alta, muy alta su bandera, por cuyo honor está destinado a velar, debe levantarla alta muy alta hasta perderla si posible fuera en la región purísima del cielo, así como la sostienen con sus brazos vigorosos periodistas civiles de la talla y contextura moral e intelectual de nuestro inspirado y querido vate nacional Zorrilla de San Martín, y escritores eminentes como el historiador alabado y perfecto, el orador de elocuencia arrebatadora don Francisco Buzá, cuya desaparición aún todos lamentamos; propagandistas y apóstoles como Camacho y Lengua, y escritores de relevantes condiciones y del valer de don Hipólito Gallina, don Vicente Ponce de León, don Elbio Fernández, don Antonio Ruiz, don Jacinto Durán, don Bernardo Ferrás y Francisco Durá.

La verdad de la excelencia de la prensa católica no puede recibir un mentís, en la hora que los hombres bien intencionados, tratan de imprimirle mayor vida y movimiento.

Seamos todos activos propagandistas de la prensa católica que siempre que el hombre quiere, halla manera y forma de propagar las ideas que lleva impresa en el fondo de su alma con los eternos caracteres de la fe divina. ¡Es la propaganda periodística, la palanca poderosísima que todo lo puede y que todo lo mueve!

Luchadores del dogma católico, viejos veteranos de la religión de Cristo, enardece! vuestro espíritu en la excelencia de nuestra sacrosanta religión, que es la santa causa de la humanidad, que es la sublime causa que efectuó la redención del hombre y extendió la civilización productora en los 4 ángulos del orbe; —templad vuestro espíritu en la sana filosofía católica, que proclamó en el Evangelio divino, que es el Código fundamental por excelencia los verdaderos derechos del hombre, enseñándonos sus deberes durante el lapso de 19 siglos, —que igualó moralmente al pobre con el rico y que os dió a conocer la inmortalidad del alma; —retemplad vuestras fuerzas en esa filosofía pura verdad cristiana, y entonces tendréis celo y lucharéis con el afín y con el ahínco propio de batalladores incansables, y no descuidaréis vuestra amada prensa, vuestro "Buen" querido, y nuestro batallador y denodado AMIGO DEL OBRERO.

Hombres apocados, levantad vuestro corazón, animad vuestra sangre y acordaos que sois católicos, que hay periódicos católicos que luchan y lucharán con ventaja contra los adversarios. Suscribíos a la hoja periodística católica, extendidla, propagalla y no descanceis, hasta verla grande y hermosa; marchad a paso de triunfo a la cabeza de la prensa nacional y extranjera del país!

Bien lo sabe el país que nos contempla en estos momentos, bien lo saben nuestros mismos enemigos, nuestros elementos para luchar y triunfar no son ficticios. Pero cuanto más convencidos estamos de esta misma verdad cuya evidencia no se discute, mayor debe ser nuestro celo por ver la realización completa del triunfo y propagación de la prensa católica, que es el ideal que perseguimos.

A luchar con confianza! y lanzo esta palabra porque el porvenir nos pertenece, y el triunfo nos sonríe. ¡Confianza, que al frente del periodismo católico tenemos batalladores que han visto días sombríos, dado altas lecciones y desarrollado grandes ejemplos. Anunemos nuestra fe, nuestras fuerzas y nuestros propósitos, queridos correligionarios, y sostengamos siempre con todo el entusiasmo de nuestra alma a esa prensa católica, defensora avanzada de nuestros sacrosantos ideales, interesándonos en su propagación, en sus éxitos y en su bienestar, y no nos detengamos al ofrecerle como un deber nuestra protección hasta el día venturoso y feliz que podamos decir con altivez justiciera, nuestro "Buen", nuestro querido "Buen", es el primer periódico que ve la luz de la publicidad en nuestra patria siempre querida e idolatrada!

Por el amor que profesamos a la causa católica y que conservaremos en toda nuestra vida como el más precioso don, por ese santo amor que profesamos al catolicismo que siempre ha de ser nuestra guía y consejero, resolvad favorablemente señores congresales, el proyecto de propagación de la prensa, en Homenaje a Cristo Bendito, y en honor a esos valerosos periodistas católicos, que inspirados siempre en la sublime causa, batallarán por la religión por el honor y por la justicia.

Por esa religión por esa madre querida dad favorable acogida a este proyecto, por esa religión que como dijo Chateaubriand, es la mas pura y la mas consoladora, ella puede compararse con un inmenso río que copia el azul de los cielos, el rosado de las auroras y la púrpura de los crepúsculos y el espectáculo siempre triste y sombrío de las noches taciturnas.

(Enseguida lee el orador el proyecto.)

Antes de terminar, como justo honor a esos paladines del periodismo católico, a esos luchadores del presente que se baten con bríos y entusiasmo, desle las columnas brías y batalladoras del AMIGO DEL OBRERO y del "Buen", por el honor de la causa católica, permitidme